

HOMILÉTICA BÍBLICA

**NATURALEZA Y ANÁLISIS
DE LA PREDICACIÓN**



Alfonso Roper Berzosa

HOMILÉTICA BÍBLICA

**NATURALEZA Y ANÁLISIS
DE LA PREDICACIÓN**



Editorial CLIE
www.clie.es

EDITORIAL CLIE
C/ Ferrocarril, 8
08232 VILADECAVALLS
(Barcelona) ESPAÑA
E-mail: libros@clie.es
<http://www.clie.es>



© 2015 Alfonso Roper Berzosa

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 021 970 / 932 720 447).

© 2015 por editorial CLIE, para esta edición en español

Homilética Bíblica. Naturaleza y análisis de la predicación

ISBN: 978-84-8267-955-6
Depósito Legal: B. 11916-2015
MINISTERIOS CRISTIANOS
Predicación
Referencia: 224925

Impreso en USA / Printed in USA

Datos biográficos

ALFONSO ROPERO BERZOSA, Th. M., Ph. D. (St Anselm of Canterbury University & St Alcuin House), escritor e historiador español, y director editorial de CLIE; ha dedicado casi tres décadas a la enseñanza de la historia del cristianismo y a la historia de la filosofía. Sus investigaciones se han plasmado en un buen número de libros, ensayos y conferencias. Ha editado las principales obras de los Padres de la Iglesia (*Grandes Autores de la Fe*, 13 vols.) y los comentarios y sermones de Lutero al Nuevo Testamento (*Comentarios de Lutero*, 8 vols.), *Introducción a la Filosofía, Filosofía y Cristianismo*, *Historia de los Mártires* y en la actualidad el *Gran Diccionario Enciclopédico de la Biblia*, premiado como el mejor libro en español por SEPA el 2013.



ÍNDICE GENERAL

PARTE I TEOLOGÍA Y PRÁCTICA DE LA PREDICACIÓN <i>(Alfonso Ropero)</i>	
I La predicación y sus problemas	13
1. ¿La predicación en crisis?	13
1.1. La formación del predicador	16
1.2. Teología y espiritualidad.....	19
1.3. Importancia del púlpito.....	21
1.4. Predicación como adoración.....	22
2. La cultura de la imagen frente a la palabra.....	26
2.1. Revalorización moderna de la palabra.....	29
3. La predicación en el plan de la salvación	30
II Homilética y predicación.....	37
1. Homilética. Significado y uso	37
2. Predicación en la Biblia	39
2.1. La predicación en los días de la Alianza.....	41
2.2. La predicación en los profetas.....	42
2.3. La predicación durante la monarquía.....	46
2.4. La predicación después del exilio.....	48
3. La predicación en tiempos de Jesús y los apóstoles	50
3.1. De la Sinagoga a la Iglesia.....	52
III Origen y fundamento de la predicación.....	55
IV Contenido y finalidad de la predicación	63
1. Contenido.....	63
2. Finalidad	65
3. El kerigma	69
V Predicación misionera	73
VI Predicación pastoral	79
VII Predicación profética.....	83
VIII Predicación didáctica.....	89

IX Oratoria, retórica y personalidad	97
1. Retórica y predicación.....	97
1.1. Retórica en la Biblia.....	100
1.2. Retórica en la Iglesia	103
1.3. Retórica y verdad	105
2. Arte e improvisación	107
3. Sabiduría y locura.....	113
4. Predicación y personalidad.....	116
X Fuentes de la predicación	121
1. La Sagrada Escritura.....	121
1.1. Exégesis y predicación.....	124
1.2. La Biblia al alcance de todos.....	125
1.3. Exégesis y exposición para la madurez	128
2. Fidelidad, tradición y modernidad	129
3. Predicación e interpretación.....	132
3.1. La misión de la predicación expositiva.....	133
XI El predicador, formación y vida	139
1. El predicador y su función	139
1.1. Dignidad ministerial y personal	139
1.2. La mente de Cristo	142
1.3. Saber objetivo y subjetivo	145
1.4. Ciencia y pasión.....	147
2. El predicador como instrumento de la divinidad.....	150
3. Predicación y vida interior	154
3.1. Espiritualidad y praxis	155
3.2. Oración y comunión	161
3.3. Humildad y autocrítica	164
XII Comunidad, situación y circunstancias.....	167
1. De la Iglesia y para la Iglesia.....	167
2. Recepción y transmisión de la Palabra	171
3. Actualización de la Palabra	174

PARTE II ESTUDIOS SOBRE LA PREDICACIÓN

I La predicación y el poder del espíritu (<i>Martyn Lloyd-Jones</i>)....	185
1. Importancia y naturaleza de la unción	185
2. El ejemplo de Juan el Bautista.....	186

3. El ejemplo del Señor Jesús	187
4. El Espíritu en Pentecostés	188
5. El ejemplo de Pablo	190
6. El ejemplo de la historia de la Iglesia.....	194
6.1. La Reforma	194
6.2. El Avivamiento Evangélico	197
6.3. El Avivamiento de Gales	200
7. Efectos del poder en la predicación	202
8. La búsqueda del poder.....	203
II Predicación y oración (<i>E. M. Bounds</i>).....	205
1. La Predicación determinada por la oración.....	205
2. Primacía de la oración	207
3. La predicación que mata.....	210
4. El alma de la predicación.....	212
5. El ministerio fructífero	214
6. Unción y predicación	216
6.1. Unción y oración	218
7. Instrumentos del Espíritu	220
III Predicamos a Cristo (<i>Taito A. Kantonen</i>)	225
1. El ejemplo de la predicación apostólica.....	225
2. La Palabra encarnada	226
3. El mensaje de la cruz	227
4. La ascensión y el retorno	228
5. Tesoro en vasos de barro.....	229
IV La predicación expositiva. Ajustando el foco (<i>Garnett Reid</i>)....	233
1. Importancia y definición.....	233
2. Uniformidad y variedad al mismo tiempo	234
3. Método y filosofía	236
4. Exégesis y aplicación	238
5. Compromiso y eficacia.....	240
5.1. Tema unificador.....	240
5.2. Variación en el método	242
5.3. Aplicación del texto bíblico	243
6. Claridad y sencillez hasta donde sea posible	245
7. Simpatía y fervor.....	247



V Elaboración del sermón (<i>Cornelis Trimp</i>)	249
1. El sermón escrito	249
2. El uso del lenguaje	251
3. Relevancia del mensaje	252
4. Predicando de «memoria»	254
5. Una palabra del pacto dirigida a la comunidad.....	256
PARTE III HISTORIA BREVE DE LA PREDICACIÓN (<i>Silas Ramos</i>)	
I Historia breve de la predicación	261
1. Introducción.....	261
2. La predicación en el Antiguo Testamento.....	262
3. La predicación en el Nuevo Testamento	263
4. La predicación en la Iglesia primitiva y en la época patristica	264
5. La predicación en la Edad Media	267
6. La predicación en el periodo del Renacimiento y la Reforma.....	270
7. La homilética y la predicación en la Modernidad.....	272
8. La predicación en América Latina.....	276
8.1. Énfasis de la predicación católica romana en América Latina	278
8.2. Evaluación de la predicación católica en América Latina.....	279
8.3. La predicación en círculos protestantes	280
8.4. La predicación protestante durante la Conquista....	281
8.5. Etapa de la inmigración protestante	281
8.6. Etapa de la latino-americanización de la predicación protestante	282
8.7. Características de la predicación protestante latinoamericana.....	283
8.8. La mundialización de la predicación latinoamericana.....	285
8.9. La predicación actual en América Latina.....	286
8.10. De la predicación escatológica a la predicación de prosperidad	289
Índice de nombres	291
Bibliografía	295



PARTE I
TEOLOGÍA Y PRÁCTICA
DE LA PREDICACIÓN

Alfonso Roperó



La predicación y sus problemas

Bibl.: Fred B. Craddock, *The Pulpit in the Shadow*, en *As One Without Authority*, cap. 1 (Chalice Press, St. Louis 1971); Jacques Ellul, *La palabra humillada* (Ediciones SM, Madrid 1983); Dallas M. High, *Language, Persons and Belief* (Oxford Univ. Press, New York 1967); Reuel L. Howe, «Cap. 1. The Crisis in Preaching», en *Partners in Preaching* (Seabury, New York 1967); Waiter J. Ong, *The Presence of the Word* (Yale Univ. Press, New Haven 1967); Joseph Sittler, *The Anguish of Preaching* (Fortress Press, Philadelphia 1966); Arthur Van Seters (ed.), *Preaching As A Social Act: Theology and Practice* (Abingdon Press, Nashville 1988).

1. ¿La predicación en crisis?

Que hay *crisis* en las iglesias, y a muchos niveles, es un hecho innegable, pero a la hora de hablar de crisis no hay que equivocarse en el diagnóstico, ni de paciente. Los planteamientos erróneos y las respuestas incorrectas no solucionan nada, sino que lo empeoran todo, por lo que, desgraciadamente, ahondan la crisis que pretenden atajar. Lo que está en *crisis* no es la predicación, en cierta medida sería bueno que fuese cierto, pues entonces tendríamos identificado el paciente y el remedio sería relativamente fácil, al menos estaría localizada y se sabría hacia dónde dirigir la atención con vistas a concentrar todos los esfuerzos para remediar la enfermedad. Pero la crisis está en otro lugar. Es una crisis recurrente del mundo moderno de raíces sociológicas que afecta a la totalidad de la cosmovisión cristiana y no a un aspecto aislado de su mensaje, doctrina o práctica. Por esta razón, como bien hace notar Gary M. Simpson, nos cuesta tanto trabajo encontrar nuestro camino en el mundo de las ideas¹, que a semejanza del universo en expansión cada vez se aleja más del núcleo de la tradición cristiana.

Esta crisis, esta lejanía, este desencuentro entre la modernidad y la fe tradicional, se acentúa más en el protestantismo, y si se identifica como “crisis de predicación” es porque existe una larga tradición que hace consistir casi toda la expresión del cristianismo en una decisión de fe entre Dios y

1. Gary M. Simpson, *Critical Social Theory. Prophetic reason, civil society and christian imagination*, p. vii., Fortress Press, Mineapolis 2002.

el hombre por la que éste se juega el destino eterno, fe que viene por el oír la Palabra, ya predicada, ya escrita. Por esta razón, la mayoría de las iglesias evangélicas son más centros de predicación que asambleas de culto². El siglo XIX fue el Siglo de Oro de la predicación evangélica en el mundo anglosajón, y concretamente victoriano. Como dice el profesor David Newsome, los victorianos disfrutaban de los sermones, les gustaba leerlos, “pero lo mejor era beberlos en la elocuencia de la palabra hablada. El fervor de los victorianos por la oratoria del púlpito casi desafiaba la credulidad”³.

Es la época de los grandes predicadores: J. C. Ryle, obispo de Liverpool, W. C. Magee, obispo de Peterborough y arzobispo de York, H. P. Liddon, predicador de *St. Paul* de Londres, J. B. Mozley de Oxford, A. P. Stanley de Westminster, F. W. Farrar de Canterbury⁴, William Landels de *Regent's Park Baptist Church* de Londres, Alexander Maclaren de Manchester, John Clifford de Londres, John Watson de Liverpool, Alexander Whyte de *Free St. George* de Edimburgo, George Matheson, George Adam Smith, Hugh Price Hughes, M. G. Pearse, W. L. Watkinson, R. W. Dale de Birmingham, George Campbell Morgan, Reginald John Campbell, Charles Sylvester Horns, Charles H. Spurgeon, Thomas Charles, Rowland Hill, John A. Jones, F. B. Meyer, E. W. Robertson, etc.⁵.

Una encuesta realizada en 1884 por los editores del *Contemporary Pulpit* sobre los grandes predicadores vivos en el púlpito protestante de habla inglesa dio como resultado la siguiente lista: Henry P. Liddon (*St. Paul*, Londres), C. H. Spurgeon (*Metropolitan Tabernacle*, Londres), Joseph Parker (*City Temple*, Londres), Alexander Maclaren (*Union Chapel*, Manchester), Frederic William Farrar (*St. Margaret's Church*, Londres); Henry Ward Beecher (*Plymouth Congregational Church*, Brooklyn); William Magee (obispo de Peterborough), William J. Knox-Little (*St. Paul*, Londres); William Boyd Carpenter (canónigo de Windsor y posterior obispo de Ripon), R. W. Dale (*Carr's Lane Church*, Birmingham)⁶.

Los sermones se alargaban mucho y se tenían por ineficaces los que duraban menos de una hora, «pues en menos tiempo no es posible explicar ningún texto de las Sagradas Escrituras». Los sermones se discutían en el

2. Esto cambió parcialmente con la irrupción del pentecostalismo y el carismatismo con su énfasis en la *alabanza* como núcleo central de la adoración.

3. D. Newsome, *El mundo según los victorianos*, p. 162, Ed. Andrés Bello, Chile 2001.

4. F. W. Farrar (1831-1903), predicó el sermón funeral en el sepelio del conocido científico evolucionista Charles Darwin.

5. Lewis O. Brastow, *Representative modern preachers*, Macmillan, New York 1904.

6. Robert H. Ellison, *The Victorian Pulpit: Spoken and Written sermons in Nineteenth-Century Britain*, Susquehanna University Press, Cranbury 1998; Edwin Charles Dargan, *A History of Preaching*, vol. 2, Baker Book House, Grand Rapids 1954.

mercado, en el trabajo, en la barbería, como hoy se puede hablar de deportes, política o estrellas del celuloide. Aristócratas y plebeyos, ministros del gobierno y obreros de la industria comparten una afición común: escuchar a los predicadores más famosos. Con todo, a finales de siglo se oyen voces inquietas que se preguntan si el púlpito está perdiendo su poder⁷. A principios del siglo xx algunos detectan una crisis que afecta al cristianismo protestante. Decece la membresía en las iglesias y decae la asistencia a las Escuelas Dominicales⁸, aunque el púlpito todavía sigue ocupado por una galaxia de predicadores extraordinarios⁹.

Los años 1914-1918, con la contienda de la Primera Guerra Mundial, suponen la gran ruptura con el pasado que todavía gozaba de los últimos privilegios del régimen de "cristiandad". Los supervivientes vuelven del campo de batalla con las imágenes del horror impresas en sus retinas, han sido testigos de una matanza sin precedentes, absurda, sin sentido, horrososamente cruel, muchos de ellos ya no querrán saber nada de discursos idealistas, patrióticos, ni religiosos. Se sumen en la angustia de sus recuerdos y en la más cerrada indiferencia. Jóvenes alegres que habían asistido a las clases bíblicas y a las predicaciones son ahora hombres sin esperanza. Todos los esfuerzos por llegar a ellos se quiebran sobre el rompeolas de la incredulidad invencible de unos hombres que contemplaron con sus propios ojos cómo la Providencia de buen Dios estallaba delante de sus propios ojos en la lucha cuerpo a cuerpo, en las trincheras, en las nubes de gas mortífero. El cristianismo en su totalidad entra en crisis, pues las naciones que se dieron a tal carnicería humana eran confesionalmente cristianas. Pastores y sacerdotes de uno y otro bando bendecían las armas con las que se destrozaban unos a otros a mayor gloria de Dios y de la Patria. Es el primer atisbo de la "muerte de Dios" anunciada por Nietzsche. Dios yace muerto en los campos de batalla donde los cuerpos moribundos agonizan atravesados por una bayoneta o destrozados parcialmente por una granada. El lugar dejado vacío por la fe que se desvanece, lo van a ocupar ideologías totalitarias que pronto llevarán al mundo a una hecatombe de proporciones todavía mayores que la guerra del 14-18, sacrificando millones de almas en el falso altar de un mañana mejor.

Cuando rebrota un rayo de esperanza y se aprecia como un renacer evangélico de la predicación, con Martyn Lloyd-Jones como su mayor exponente, se aprecia que los resultados del púlpito dejan mucho que desear,

7. J. Baldwin Brown, *Is the Pulpit Losing its Power?: Living Age* 133 (1877) 304-313; *The Abolition of sermons: Saturday Review* 56 (1883) 499-500.

8. J. Dodd Jackson, *The message and the man: some essentials of effective preaching*, W. A. Hammond, Primitive Methodist Publishing House, London 1912, 5.

9. Cf. Joseph Fort Newton, *Some Living Masters of the Pulpit*, George H. Doran, New York 1923; Alexander Gammie, *Preachers I have herard*, Pickering & Inglis, London 1945.

luego del fulgor del primer momento. La predicación se topa con un escepticismo generalizado de la sociedad. Las iglesias se vacían progresivamente, las escuelas dominicales se cierran. Para ser más eficaces y alcanzar a los de “fuera” con el mensaje evangélico muchos cristianos piensan que ha llegado la hora de cambiar las estructuras y prácticas tradicionales. El sermón se convierte en el blanco de las críticas de los que lo consideran una práctica anacrónica. Se desplaza física y doctrinalmente de su posición prominente y en su lugar se proponen nuevas maneras de culto con más participación de los fieles, más diálogo y menos sermón. El testimonio evangélico se desplaza de la proclamación a la acción social y actividad de los creyentes en medio de la sociedad. “Más hechos y menos palabras”, se dice. Los creyentes que todavía asisten a los cultos lo hacen sin esperar nada del sermón, no están expectantes respecto a la sorpresa que les pueda deparar la exposición de la Palabra de Dios. Contagiado por esa mentalidad que poco a poco va invadiendo todo, el mismo predicador deja de considerar el sermón como un instrumento eficaz de la iglesia para comunicar el dinamismo del reino de Dios, y se deja llevar por una rutina profesional según las demandas momentáneas de la congregación. En lugar de transmitir el fuego del Evangelio en las almas, el sermón de costumbre crea en las almas una rutina sin vida. Frustrado, el predicador pierde el sentido trascendente de la predicación, que tiene su origen en Dios, y cae en una especie de monólogo cuyas palabras resuenan vacías en sus oídos. No se produce un encuentro entre la predicación de la Palabra y la experiencia del pueblo. En este sentido es legítimo hablar de *crisis* de la predicación. Crisis que comienza en las iglesias, revierte en los centros de formación de los futuros predicadores, y vuelve a las iglesias acentuando la misma crisis en lugar de contribuir a resolverla.

1.1. La formación del predicador

Los seminarios, con profesores, con poca o nula actividad pastoral, se dejan arrastrar por la corriente general de escepticismo homilético y dedican casi todo su esfuerzo a un temario aparentemente más académico y apropiado a su función intelectual, como exponentes de una cultura superior e inmune a los problemas e intereses de las pequeñas iglesias locales. El resultado no puede ser más desastroso, el púlpito recibe una atención tan pobre en los seminarios que poco le falta para ser desplazado del mobiliario de la iglesia. Los seminarios no son culpables, sino víctimas de una situación socio-religiosa que les supera, pues, como escribe Fred Craddock, los seminarios no sólo crean, sino que reflejan la condición general de las iglesias a las que pertenecen y en las que viven¹⁰. De este modo

10. Fred B. Craddock, *The Pulpit in the Shadow*, en *As One Without Authority*, Chalice Press, St. Louis 31971.

la crisis se asienta en la cátedra y se enquistas como un tumor, pues si la fuente se seca, cesa el arroyo. Jóvenes entusiastas que aspiran al ministerio con más celo que conocimiento son introducidos en las disciplinas teológicas y exegéticas con tan poca creatividad y sabiduría que terminan por confundir sus prioridades y errar de lleno en cuál es la meta, el contenido y la práctica del ministerio que les aguarda.

La experiencia enseña que muchos colegios bíblicos y seminarios teológicos parecen olvidar que son instituciones que existen para el servicio de la Iglesia o iglesias, cuya labor académica es un medio y no un fin en sí misma. Es lo que hace ya mucho tiempo recordó James Black, ministro escocés, a la facultad y alumnado del *Union Theological Seminary* (Richmond, Virginia): «Ustedes no están aquí tanto para adquirir conocimiento como para, una vez adquirido, ponerlo en acción en la predicación. Cualquier obrero en el mundo tiene una meta en su trabajo, no permitan que falsas ideas sobre el conocimiento oscurezcan esta verdad en su mente. Ustedes no pueden valorar el estudio y la adquisición de conocimiento como es debido a menos que consideren que son un medio para un fin. Para nosotros, en cuanto ministros y embajadores de Dios, toda y cada excelencia que podamos aprender deben someterse al alto fin de la utilidad, de modo que lleguemos a ser pensadores agudos, hombres bien formados, predicadores y maestros de influencia y poder. Una institución teológica nunca puede permitirse arruinar a un buen predicador, o apagar su entusiasmo, es y debe ser, de principio a fin, una escuela de predicadores»¹¹.

La finalidad, la razón de ser del estudio teológico es la formación de hombres de Dios al servicio de la Iglesia, pastores y maestros, cuya primera misión es anunciar la palabra de salvación y renovación en Cristo, dando así cumplimiento al mandato de Jesús: predicar y enseñar el Evangelio a toda criatura (Mc. 16:15; Mt. 28:19-20). El ministerio de la palabra no es una ocupación menor, aparte de las cualidades personales del individuo, es un ejercicio tan exigente que requiere un dominio completo de la teología pastoral, bíblica e histórica, además de estar al tanto del mundo y de la sociedad en que vive, de sus cambios sociológicos –pues la predicación no sólo debe proclamar la palabra de salvación, sino además actualizarla para que el hombre del siglo XXI, con su cultura, su mentalidad y sus problemas, se sienta alcanzado por ella tan vivamente como el hombre del siglo I–, sin dejar a un lado el conocimiento que le aportan las ciencias de la comunicación, la enseñanza y el aprendizaje, pues el ministerio de la palabra conlleva la enseñanza, la instrucción en todo el consejo de Dios. Sólo de esta manera podrá ejercer de un modo adecuado el ministerio de la palabra, que pertenece a la misión profética de la Iglesia, misión necesaria e insustituible en la

11. J. Black, *The mystery of preaching*, Fleming H. Revell Co., New York 1935, 14.

economía actual de la salvación. Es una empresa exigente, tanto que pocos hombres pueden estar a su altura, pero conformarse con menos, como decía Calvino, es ganarse la reprobación divina. Instrumento llamado por el Padre, escogido por el Hijo y ungido por el Espíritu, el predicador tiene que estar vitalmente penetrado y poseído por la Palabra de Dios, lo cual es obra de la lectura asidua, oración, estudio y reflexión constante, en una renovación total abierta al futuro. Es aquí donde hay que situar la contribución de las instituciones de enseñanza teológica al ministerio de la predicación.

Los colegios y seminarios deberían tender puentes que permitan salvar la división que separa la teología de la piedad; el dogma de la praxis; la erudición de la pastoral; el conocimiento de la santidad, de modo que puedan hacer accesible el camino en ambos sentidos. Si el teólogo es el científico puro dedicado a la ciencia de Dios, tal cual se revela en su Palabra, el predicador es el divulgador de la misma, y en su calidad de comunicador deben alentar en él tanto el corazón ilustrado como el santo. «Me maravilla –confesaba J. H. Newman– que los teólogos no sean santos y que los santos no sean teólogos». Contaba con la gran tradición cristiana donde los mejores teólogos eran los más destacados en el cultivo de la vida espiritual, un san Agustín, un san Anselmo, un san Bernardo, un santo Tomás, etc. Por esta razón, el predicador no sólo debe tender puentes, que al fin y al cabo se utilizan ocasionalmente, sino mostrar de palabra y hecho la estrecha unidad existente entre la piedad y la teología, la ciencia y la fe, porque si falta uno de los polos, ambos se resienten. El estudiante tiene que percibir la fruición creativa del estudio teológico interactuando en su espíritu, mente y corazón. «La ciencia teológica debe tener su mirada puesta en la *praxis pietatis*, necesita de la levadura mística para no sucumbir al intelectualismo»¹². La teología abstracta que no afecta a la totalidad de la vida no sirve para nada. Y esa es, precisamente, la enseñanza que se ofrece en muchos seminarios, tanto liberales como conservadores, a juicio del profesor James Daane, del *Fuller Theological Seminary*; el intelectualismo teológico que no se puede traducir en el lenguaje del púlpito y de la adoración, es una maldición. La tarea principal de la enseñanza teológica es informar tanto la mente como alimentar el corazón. «Parece haber llegado el tiempo de equilibrar este déficit en la formación teológica. Pero los intentos estarán condenados al fracaso hasta que no se cree contrapeso alguno contra la intelectualización de la teología. Mientras la ambición de la teología apunte a participar en el concierto científico y no consienta en distinguirse de los instrumentos restantes, existen escasas perspectivas de ver el rostro del misterio divino y de transmitirlo al pueblo de Dios de manera creíble»¹³.

12. Hans Jürgen Baden, *Vivencia de Dios*, Herder, Barcelona 1984, 146.

13. *Ibid.*, p. 152.

1.2. Teología y espiritualidad

La teología auténtica, verdadera en cuanto depende de la acción del Espíritu Santo, va unida de la mano de la espiritualidad más profunda. La teología que nace del espíritu está esencialmente al servicio de la vida; no existe una ruptura entre la explicación razonada del objeto de fe y su valor práctico-existencial¹⁴. Como decía Oscar Cullmann, la teología es un don del Espíritu para la Iglesia. «Una de las actividades más nobles que están, consiguientemente, al cuidado de la Iglesia. Hablar contra la auténtica teología, contra la tarea de la razón iluminada por el Espíritu Santo, es hablar contra el Espíritu Santo. Es una especie de pecado contra el Espíritu Santo»¹⁵.

En el tema que nos ocupa, no cabe duda de que la teología es siempre kerigmática y homilética, porque «cuando no lo es, es parasitaria»¹⁶. Si la teología no puede ser predicada y aplicada a la vida no sirve de nada, decía Colin E. Gunton (1941-2003)¹⁷, una de las voces más significativas de la teología británica reciente. Quizá no sea exagerado decir, siguiendo la estela de Karl Barth, que la teología en su totalidad debería entenderse como «teología de la proclamación».

A esta notable característica habría que añadir una tercera nota, la teología, cuando es kerigmática, es también soteriológica, es decir, salvífica, pues gracias a la exposición razonada y convincente de la obra de la salvación el oyente puede tomar conciencia de la sabiduría del plan divino en favor del pecador y del amor solícito que recorre la historia la salvación. Como lo expresa magistralmente el profesor René Latourelle, «pertenece a la teología mostrar cómo cada uno de los misterios nos ha sido revelado para decirnos en qué consiste nuestra salvación y cómo hemos de tender a ella, porque la verdad del misterio consiste en estar ordenado a la salvación. En este sentido la teología está esencialmente al servicio de la vida; por tanto, están equivocados algunos de los representantes de la kerigmática al creer que existe una ruptura entre la explicación científica del objeto de fe y su valor salvífico. No podemos alcanzar el valor objetivo del dogma cristiano más que por la realidad objetiva de la revelación; cuanto más se comprende y mejor se formula el sentido auténtico del contenido de la fe, más iluminado queda su verdadero valor de salvación»¹⁸.

14. Cf. más adelante 11, 3.1, «Espiritualidad y praxis».

15. O. Cullmann, *Estudios de teología bíblica*, Studium, Madrid 1973, 20.

16. James Daane, *Creating a Respect for Theology*: Christian Century (Febrero 2-9) 1977, 89. Cf. Gerhard O. Forde, *Theology is for Proclamation*, Fortress, Philadelphia 1990.

17. C. E. Gunton, *Theology Through Preaching*, T&T Clark, Edinburgo 2005.

18. René Latourelle, *Teología y Predicación*, en *La Teología, ciencia de la salvación*, Sígueme, Salamanca 1968.

Esto nos lleva de la mano al siguiente paso o cuarta nota de la predicación. Se predica con vistas a un resultado, tiende al fin práctico de arrancar una decisión, a saber, la salvación de alma y todo lo que tiene que ver con la edificación de una vida consagrada a Dios y su reino. Si no fuese así, la predicación caería en mero formalismo cultural, en obligación religiosa de cada domingo, «apariencia de piedad, sin convicción de su eficacia» (2 Tim. 3:5), deslizándose cada vez más hacia una exhibición de retórica, un juego de palabras y emociones propio del mundo del espectáculo destinado a entretener, divertir o manipular. La prueba de toda predicación es su finalidad soteriológica y edificante, el efecto santificante que produce en el oyente respecto al estado de su vida en relación con Dios y el prójimo¹⁹. Se halla contenida en el mandamiento de predicar el Evangelio a toda criatura, «el que cree y es bautizado será salvo; pero el que no cree será condenado» (Mc. 16:16); de otro modo, es mejor guardar silencio. H. E. Fosdick (1878-1969), uno de los más grandes predicadores de todos los tiempos, al reflexionar sobre la naturaleza de la predicación, asentó la vieja verdad de que el propósito de esta no es tratar un tema, sino influenciar en los individuos. «Un ensayo tiene que ver con la elucidación, un sermón con la transformación. Su fin es que la gente salga de la iglesia distinta de lo que era al entrar»²⁰. El buen predicador siempre debe tener en mente que su sermón tiene que ver con un tipo de comunicación que decide la salvación o perdición de una persona, su edificación o ruina. No tiene nada de asombroso que todos los predicadores auténticos, comenzando por san Pablo, experimenten un sentimiento de debilidad, de temor y temblor, a la hora de predicar el Evangelio, conscientes de la transcendencia de su empresa (cf. 1 Cor. 2:3). George Buttrick (1892-1980), que ejerció una profunda influencia en una generación de predicadores americanos y que en dos ocasiones pronunció las prestigiosas Conferencias Lyman Beecher sobre Predicación en Yale, dijo que el contenido y secreto de su ministerio residía en poner en alto a Cristo y creer que la predicación centrada en la cruz puede impactar para la eternidad. A lo que podemos añadir la cita de todo

19. Con su genial agudeza, decía Kierkegaard que toda conversión cristiana que no edifique es, de golpe, acristiana (*La enfermedad mortal*, Trotta, Madrid 2008). Basta un somero repaso de la enseñanza bíblica al respecto para darse cuenta de su importancia ineludible. «Sigamos lo que contribuye a la paz y a la mutua edificación» (Ro. 14:19). «Cada uno de nosotros agrade a su prójimo para el bien, con miras a la edificación» (Ro. 15:2), «Mayor es el que profetiza que el que habla en lenguas, a no ser que las interprete, para que la iglesia reciba edificación» (1 Cor. 14:5, 12, 26). «Delante de Dios y en Cristo hablamos; y todo, amados, para vuestra edificación» (2 Cor. 12:19). «Ninguna palabra obscena salga de vuestra boca, sino la que sea buena para edificación según sea necesaria, para que imparta gracia a los que oyen» (Ef. 4:29), etc.

20. H. E. Fosdick, *What's the Matter with Preaching?*: Harper's Magazine (July 1928).